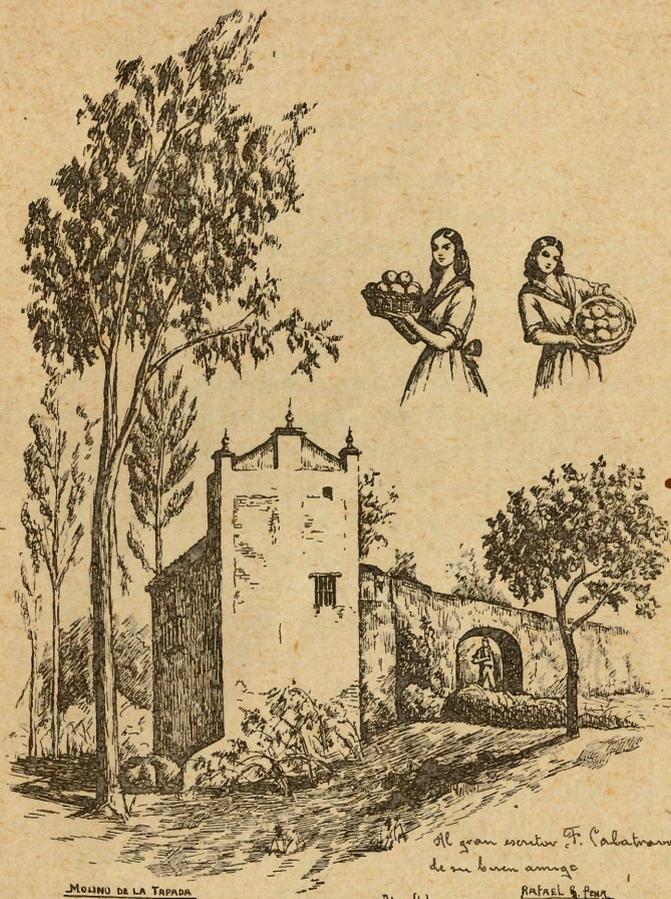


Francisco Calatrava Jurado



MOLINO DE LA TAPADA

Al gran escritor Fr. Calatrava  
de mi buen amigo  
Alcalá 10-10-952 RAFAEL S. PERA

# La Molinera del Guadaira

LEYENDA HISTORICA

# LA MOLINERA DEL GUADAIRA

LEYENDA HISTORICA

por *Francisco Calatrava Jurado*

Alboreaba el año de gracia de 1810. Los angustiados españoles seguían, a pesar de sus desgraciados reveses de fortuna, vendiendo caras sus vidas en la lucha desigual que sostenían contra el aguerrido ejército invasor.

Los lares sagrados de la Patria eran vulnerados y sojuzgados a las armas y caprichos del Emperador de los franceses, y en la fecha que decimos lo era aún más, ya que el ser firmada la paz de Viena, en el Otoño de 1809, le permitiría al caudillo corso acabar de una vez y para siempre con los asuntos de España, que tanto le embargaban. Para este fin, envió a nuestra península, varios cuerpos de ejército, que unidos a los que ya operaban en diferentes puntos del territorio nacional, sumaban el enorme contingente de más de 200.000 soldados.

Era el deseo más vehemente de Napoleón I deshacerse a toda costa de sus implacables enemigos, los ingleses, o por lo menos arrojarlos de la Península, antes que pudieran hacerse fuertes con los españoles y lusitanos, en la bien artillada península gaditana.

El vencedor de Jena y de Austerlitz le dió permiso a su hermano, el Rey José, para que invadiese y dominase las Andalucías. Salió el Rey de Madrid, rodeado de su Corte y con un grueso ejército de más de 80.000 hombres a las órdenes del Mariscal Soult, el que derrotando a los españoles en los abruptos desfiladeros de Sierra Morena, bajó arrollador a las fértiles llanuras andaluzas.

Llegado que hubo el Rey a la famosa Córdoba, dejó en ella varias divisiones, unas para ocupar la Andalucía Oriental y otras con rumbo al sur, yéndose con el resto de su ejército camino de Sevilla, donde después de hacer alto en la antiquísima Karmo de los romanos, hizo su entrada triunfal en la muy noble metrópoli andaluza, el día 1.º de Febrero del año de 1810.

Pero al mismo tiempo que se desarrollaban estos hechos, ya del ejército de Castilla, que operaba a las órdenes del Duque del Infantado, en Extremadura, se había desprendido una división, salvada casi milagrosamente de las desgraciadas batallas de Ocaña y Medellín, compuesta de 8.000 infantes y 600 jinetes, al mando del célebre Duque de Alburquerque, con el fin de defender a Sevilla y a su Junta Central.

Cruzó con sus soldados la ingente cordillera de los Montes Marianos y después el Guadalquivir, entre Cantillana y Villanueva, y siguió hasta que las avanzadas de reconocimiento de su caballería indagaron que, entre los campos de la Luisiana y Ecija, acampaban las divisiones de los Mariscales Victor y Mortier, y que hacían preparativos de marcha hacia la perla del Guadalquivir, para unirse con las tropas francesas que la guarnecían.

El jefe español, con una visión clara del momento, por el peligro que corría si los franceses lograban interponérsele entre Sevilla y Cádiz, resolvió tomarles la delantera a ser posible, ya que la conservación de la Real Isla de León representaba, nada menos, que el señero baluarte de la independencia y libertades españolas.

Presuroso emprendió el camino con sus huestes por la calzada romana con dirección a la Hércules fenicia. Dió un corto descanso a sus tropas en la histórica Carmona, siguiendo después la ruta hacia Alcalá de los Panaderos—la bella patria de Monroy de Silva—donde pensaba pernoctar.

Dió vista a la interesante villa, cuando ya el sol, próximo a su ocaso, envolvía con la soberbia esplendidez de sus vestiduras áureas, una verde colina coronada por gigantes de piedra de un severo castillo, y circundada hasta cerca de lo más ancho de su base por un intrincado y escalonado laberinto de arcos y murallas, a cuyo pie y a su abrigo, se recostaba complaciente la villa, con los primores de su albura, con sus molinos sugestivos y sus bien cuidadas alquerías.

Cruzaron los soldados el puente romano del Guadaira, reconstruído por el gran Carlos III, y el General y sus oficiales quedáronse absortos ante la perspectiva magnífica que sus ojos descubrieron.

El río sereno y claro, la vegetación exuberante como en edades primitivas, las salvajes cortaduras, huellas indelebles de geológicos trastornos; los manantiales, de aguas cristalinas, descender cantarinos por las laderas verdes y escarpadas; las bandadas de avecillas cruzando raudas el azulado espacio y regalando los sentidos con el supremo deleite del arpa de sus lenguas; los molinos vetustos; las huertas revestidas y aromadas por ricos cendales de leyendas y las ermitas ennoblecidas cien veces por la pátina del beso de los tiempos.

Admiraban también las almenadas murallas y las torres legendarias, así como las mil filigranas de luz que el sol bermejo de la tarde derramaba en el cristal del río, en las rubias colinas y en las frondas, haciendo vibrar con toda esta visión de maravilla aquellos corazones endurecidos por los azares continuos de la guerra.

Mas la admiración de nuestra guerrera comitiva hubo de desviarse al oír el chirrido penetrante que hacía al girar sobre sus enmohecidos goznes un pesado cancel; este pesado cancel daba acceso a una hermosa huerta poblada de frondosos árboles frutales y que desde tiempo inmemorial le denominaban y aún se le sigue denominando LA TAPADA. En esta huerta existe un molino, hoy desmantelado, pero que en el tiempo que nos ocupa aún prestaba sus servicios, así como muchos años después, ya que en su fachada principal y en su parte superior, existe un azulejo en que aparece escrito:

*Que viviendo en este molino, Manuel Hornillo, con sus familiares, allá por el año de 1854; experimentó el río una terrible crecida el día 15 de enero del mismo año, cuyas aguas alcanzaron una altura de más de veinte pies castellanos, subieron al lugar donde se encuentra esta inscripción.*

En esto aparecieron en la cancela de la huerta dos encantadoras jovencitas, con una cesta de mimbres rebosante de hermosísimas naranjas, las mismas que hubieran dado envidia al mitológico jardín de las HESPERIDES.

La mayorcita de las dos lindas jóvenes estaría ya al principio de las diez y siete primaveras de su vida, y su talle esbelto, lo rosado y blanco de su delicada tez, el dulce mirar de sus ojos azules y bellísimos y las ondas magníficas de sus luengos cabellos, con destellos de sol, le daban ese don divino de inocencia que tanto nos admira, nos subyuga y enamora.

Mucho llamó la atención de las jóvenes huertanas, el vistoso uniforme del caudillo, así como los de sus bravos oficiales. El piafar de los bridones de guerra, el labrado de sus monturas con incrustaciones y hebillaje de plata; los estandartes y las banderas bordadas, las vibrantes voces de mando, los tambores y trompetas con sus sonos bélicos y el brillo fulgente de las armas.

Acercándose el General, seguido de sus caballeros oficiales, hacia donde estaban aquellas dos niñas de tan correctos perfiles estatuarios y saludándolas con cariñoso acento, díjole a la de más edad:

—¿Cómo te llamas, linda niña?

—Señor, me llamo Dolores Hornillo de Saavedra, para lo que guste su merced mandar.

—Mil gracias, bella huertana, ¿vives en esa misma huerta?, díjole el General.

—Sí, señor, esta huerta es de mis padres, así como el molino, le contestó la joven.

—¿Esas hermosas naranjas que tú llevas, son para venderlas, querida niña? les preguntó el Duque.

—Las naranjas de nuestra huerta no se venden, señor, se ofrecen— contestaron—y sin vacilar, sonrientes, fueron escogiendo naranjas de la cesta y a su vez ofreciéndolas con cariño a la guerrera comitiva, la que las aceptaba complaciente de los cálices que formaban con sus manos blancas y pequeñas, aquellas dos vírgenes que muy bien pudieron haber sido soñadoras princesas del Guadaira.

—¿Te ha gustado ver el paso de mis jóvenes soldados? —preguntó el caudillo a la esbelta molinera—.

—¡Mucho!—respondióle—es una cosa que entusiasmo grandemente ver el desfilar de tantos soldados, con la variedad de sus vestidos, sus caballos, armas y banderas.

—¿Es esta la primera vez que tú has visto el paso de un ejército? —volvió a preguntarle el Duque—.

—No señor. Por casualidad hace muy pocas horas que he visto el paso por el puente de otro bastante numeroso.

—¡Cómo! ¿Que has visto pasar hace pocas horas muchas tropas camino de Utrera? —exclamó el General, visiblemente contrariado, al mismo tiempo que preguntó a la joven con insistencia—.

—¿Querrás decirme, adorable niña, todo lo que tú buenamente sepas sobre lo que acabas de manifestarme?

—Verá Vd. —exclamó la molinera— sería algo después del medio día cuando oímos mi familia y yo un ruido ensordecedor, al igual al que nos tiene acostumbrado el río cuando se desborda de su estrecho cauce, a la vez que grandes y consecutivas voces al parecer de mando y en un lenguaje para nosotros todos completamente desconocido. Subimos con presteza a la azotea del molino para averiguar a qué causa podía obedecer aquella perturbación de nuestro siempre cotidiano sosiego. Mas excuso decirle a Vd., mi General, cual no sería la sorpresa que experimentaríamos al ver pasar por este viejo puente y a una buena marcha, una numerosa columna de soldados. Quisimos mi hermana y yo como curiosidad propia de las muchachas asomarnos a la puerta de entrada de la huerta y así poder ver desde más cerca el paso de aquellas tropas tan brillantes; pero mi padre nos lo prohibió terminantemente, diciéndonos que aquellos soldados eran los franceses, nuestros odiados enemigos, los enemigos de la Patria.

¿Qué sorpresa no experimentaría el Duque y sus oficiales ante tal

noticia? Ellos que estaban en la creencia que se adelantarían a las columnas del francés.

No había tiempo que perder, había que adelantar una jornada. Toda la noche habría de transcurrir en una marcha dura, sin descanso y llena de zozobra, hasta conseguir adelantar a los imperiales, que era el ansiado objetivo.

El Duque dió las órdenes precisas para proseguir el avance. El General hubo de preguntar a las jóvenes si sabían existiese algún camino que acortase la distancia que había a la ciudad de Utrera, contestándole la niña mayorcita que ella lo ignoraba, pero que su padre, gran conoedor de todos aquellos terrenos, muy bien pudiera decírselo y aún quizás guiarles.

La hermosa adolescente, volviendo su graciosa cabeza y mirando hacia el interior de la huerta, llamó al autor de sus días, que ya se aproximaba por una senda de mirtos, almeces y laureles.

Llegó el molinero, que con la ropa y el rostro enharinado justificaba bien a las claras, sin necesidad de preguntarle, cual era su oficio. La muchacha, cogiendo a su padre por las manos y rebosando de filial cariño, se lo presentó al Duque diciéndole: —He aquí a mi padre, señor.

Saludó el molinero con desbordante regocijo al General, así como a su brillante acompañamiento.

Nuestro guerrero, respondióle con el mismo grado de afectuosidad, manifestándole que mucho le agradecería si pudiera darle a conocer el camino más breve para ir a Utrera, pero sin tocar a sus muros.

Le contestó el molinero afirmativamente y que con toda su alma y vida se ponía a su entera disposición para guiarle.

El héroe de Medellín, visiblemente emocionado por aquellas inesperadas circunstancias, quiso antes de partir con sus guerreros, premiar a aquella hermosa niña el gran servicio que sin pensarlo había prestado a la Patria, agobiada ha largo tiempo por tantos y tan graves infortunios.

Así que desprendiéndose del pecho la honrosa CRUZ DE CARLOS III, la hubo de prender en el palpitante y tierno de la joven, al mismo tiempo que estampaba un beso paternal en su serena y noble frente.

Cuando ya el sol se había hundido en su remota y blanda cuna de Occidente, y dejaba libre el paso a los carmines y oros del crepúsculo, que a su vez teñía los tenues celajes con la caprichosa fastuosidad de sus mil policromías, abandonó con tristeza la división del Duque las sedantes y esmeraldinas riberas del Guadaira, y avanzó con paso resig-

nado, callado y firme, por el viejo camino conocido por el vulgo con el nombre de CUESTA CARRETILLA.

Cerró la noche. La tranquilidad era absoluta; de vez en cuando, algún astrolito rozaba de nuestra esfera su envoltura gaseosa y entonces una luminosidad, aunque breve, rasgaba sus tinieblas, que servía para que aquel conjunto de héroes anónimos, elevasen sus ojos al cielo y contemplaran la grandiosidad del Universo, donde el centelleo augusto de mil y mil constelaciones, parecía enviarles un saludo. Saludo a los Héroes.

Los soldados apenas respiraban y el férreo pisar de los escuadrones se amortiguaba grandemente por el piso, en parte mullido por la arena y en otras ablandado por las recientes y persistentes lluvias. Y cuanto más avanzaban, mayores precauciones y mayor era el recelo, aunque todos iban prevenidos, ya que sabían que el poderoso enemigo les llevaba pocas horas de marcha y pudiera muy bien tenderles una celada.

Pues aquella División, salida de los Montes de Toledo, era considerada por todos como la más sagrada reliquia, y para salud y honra de la Patria, había que llevarla a su destino, indemne.

Volcó la media noche. El guía manifestó que muy pronto darían vista a la ciudad de Utrera, así que dando un gran rodeo, dejaron la Medina Utrerih, de los árabes, la patria del poeta Lucio, y siguieron adelante.

La luna, ya en su plenilunio, apareció por el Oriente; su brillo, aunque débil, era lo bastante para seguir haciendo la caminata más propicia. El desfallecimiento de las tropas, por aquella marcha tan obstinada y tan tremenda, se les hacía poco menos que insufrible; pero no había más remedio que apartarse del enemigo a todo trance y para ello había que apurar hasta el último grado de la resistencia física.

Y siguieron nuestros héroes agobiados por el peso de la impedimenta y con los pies enormemente doloridos, sangrantes, caminando, al abrigo de las estribaciones de los montes; hasta que les llegó la sonrisa nítida del alba y les envolvió la aurora con su riqueza de brillos y matices y les surgió el sol, gigante, sobre los macizos montañosos, cubriéndolos con la maravilla de su cabellera ígnea y despertando a los rebaños, a los pájaros, a los insectos y a los hombres y con sus ardores derritiendo los hielos y las nieves de las altas cumbres y descomponiendo en un vasto mar de mil irisaciones, el infinito piélago de esferillas oscilantes en los arbustos, en las verdes planicies de las siembras y en los almendros en flor.

F I N